

«bres entre sí, no solamente por el lazo social, sino tambien por una especie «de fraternidad, fruto del recuerdo de nuestros primeros padres. Enseña á los «reyes á no perder nunca de vista la felicidad de sus pueblos. Advierte á los «pueblos que deben estar sometidos á los reyes. Enseña á todos con una soli- «citud que nada deja que desear, á quién es debido el honor, á quién el afecto, «á quién el respeto, á quién el temor, á quién el consuelo, á quién la adverten- «cia, á quién la exhortacion, á quién la disciplina, á quién el castigo, á quién «el suplicio; manifestando que no todo es debido á todos, pero que á todos se «debe la caridad y á nadie la injusticia.»

«Es, pues, un deber nuestro y tambien lo es vuestro, venerables hermanos, no retroceder delante de ningun trabajo, hacer frente á todas las dificultades, emplear toda la fuerza de nuestro celo pastoral, á fin de proteger en los pue- blos italianos el culto de la religion católica, no solo oponiéndonos enérgica- mente á los esfuerzos de los impíos, que traman el complot de arrebatar la misma Italia al seno de la Iglesia, sino tambien trabajando incesantemente en volver al camino de salud á los hijos degenerados de Italia, que han tenido la debilidad de sucumbir á la seduccion.

«Todo fruto provechoso, todo don perfecto nos viene de arriba: acerquémo- nos, pues, confiados al trono de la gracia, venerables hermanos; no cesemos de orar con instancia, de conjurar con oraciones públicas y particulares al Pa- dre celestial de las luces y de las misericordias, á fin de que, por los méritos de su único Hijo Nuestro Señor JESUCRISTO, apartando la vista de nuestros pecados, ilumine, en su clemencia, todos los espíritus y todos los corazones por la virtud de su gracia; que, sujetando las voluntades rebeldes, glorifique la santa Iglesia con nuevas victorias y nuevos triunfos, y que en toda la Ita- lia y por toda la tierra el pueblo que le sirve aumente en número y en mé- rito. Invoquemos igualmente á la santísima Madre de Dios, María la Virgen Inmaculada, aquella que por su omnipotente patrocinio cerca de Dios, obte- niendo todo cuanto pide, no puede pedir en vano. Invoquemos con ella á Pe- dro, príncipe de los Apóstoles, á Pablo, su hermano en el apostolado, y á to- dos los Santos del cielo, á fin de que Dios clementísimo, apaciguado por los ruegos de aquellos, aparte de los pueblos fieles los rayos de su cólera, y con- ceda en su bondad, á todos los que llevan el nombre de cristianos, poder, por su gracia, desechar todo lo que sea contrario á la santidad de este nombre, y practicar todo lo que le sea agradable.

«Finalmente, venerables hermanos, recibid en testimonio de nuestro entra- ñable afecto hácia vosotros la bendicion apostólica, que de lo íntimo de nues- tro corazon os damos con amor, y á vosotros, y al clero, y á los fieles laicos encomendados á vuestra vigilancia.

«Datum Neapolis in Suburbano Portici die VIII decembris, anni MDCCCXLIX, pontificatus nostri an. IV. — PIUS PAPA IX.»

CAPÍTULO XXIX.

REUNION Y EMBARQUE DE LAS TROPAS FRANCESAS.—LA RE- PÚBLICA ROMANA TOMA DISPOSICIONES PARA LA DEFENSA DE LA CIUDAD.

LA posicion de la Francia no era en verdad halagüeña. El socialismo cor- roía su corazon y trabajaba con asiduidad por organizar en ella sus prin- cipios, destructores de todo orden social. La razon filosófica no podia darse cuenta de cómo una república podia ponerse al frente de otra república; de cómo un pueblo, que acababa de derrocar una monarquía fundando sobre las astillas del trono de sus reyes el Gobierno de la soberanía nacional, podia prestar sus soldados para que destruyendo otro Gobierno popular restable- ciese la soberanía de un príncipe, siquiera este príncipe fuese el Jefe de la religion dominante en casi todo el Occidente. Empero la razon católica, so- breponiéndose á la filosófica, aconsejaba á la Francia republicana que, obe- diente á las antiguas tradiciones de la monarquía, pusiese en movimiento sus batallones para dirigirse en busca de gloria bajo el hermoso cielo de la Italia, restaurando la soberanía temporal del Vicario de JESUCRISTO. Napoleon I ha- bia pronunciado un dia las siguientes palabras citadas en su *Historia del Con- sulado y del Imperio*, por Mr. Thiers, el mismo que colocado hoy al frente de la nueva república francesa no se manifiesta dispuesto á hacer que la Fran- cia cobije una vez mas bajo su gloriosa bandera la Cátedra de san Pedro: «El Pontificado, custodio de la unidad católica, es una institucion admirable: se tilda al Papa de ser un soberano extranjero; lo es en efecto, y por ello hay que dar gracias á Dios. ¿Habria una autoridad posible en el propio país junto al Gobierno del Estado? Amalgamada con el Gobierno, esa autoridad se con- vertiria en un despotismo sultánico; separada, hostil quizá, produciria una rivalidad espantosa, intolerable. El Papa está fuera de París, y así conviene; no está en Madrid ni en Viena, y por eso acatamos sin obstáculo su potestad

espiritual... Es, pues, una dicha que resida fuera de cada nacion, y que, residiendo fuera de cada una, no se halle en ninguna de las rivales; que habite en su antigua Roma, léjos del poder de los emperadores de Alemania y del de los reyes de España y Francia.» Así lo comprendió la república francesa cuando se dispuso con aplauso del mundo cristiano á enviar sus aguerridas huestes á defender la augusta persona del sucesor de Pedro y su soberanía temporal sobre los Estados romanos.

Al pié de los Alpes se habia organizado un ejército poderoso, y en los semblantes de aquellos soldados siempre valerosos y familiarizados con las victorias se leia la alegría con que se preparaban á recoger nuevos laureles en la defensa de la causa mas justa por que se puede abogar en el mundo: en defensa de la causa del Papa, que, como dijo el inmortal Rossi en el dia mismo de su martirio, es la causa de Dios.

Los hombres de buena voluntad, los católicos de todos los países del mundo, los hombres pensadores que comprendian los desastres que necesariamente habian de sobrevenir á todas las naciones del Occidente de continuar el Padre Santo fuera de Roma, bendecian con entusiasmo á los que se preparaban para ser sus libertadores, y dirigian plegarias al cielo para que fuesen asistidos en su santa empresa por el Dios de los ejércitos.

Las tropas austriacas, mandadas por Radetzki, el decano de los generales de Europa, que tantas pruebas de valor tenia dadas, se encontraban en el cuadrilátero, situado entre el Mincio, el Po, el Adige y el Lago de Garda. En tanto Carlos Alberto al frente de un numeroso y fiel ejército atravesaba el Tessino. Al mismo tiempo el Gobierno provisional por un decreto fecha 9 de marzo reunia treinta y cuatro batallones de infantería formados en tres divisiones, una division de caballería compuesta de treinta y seis escuadrones, y nueve baterías de artillería, fuerza imponente que debia reforzarse con dos divisiones mas. La Francia tuvo el buen sentido de encomendar el mando de este ejército al general Oudinot, el cual conociendo que en algunos batallones reinaba el espíritu de insubordinacion, consecuencia natural de los acontecimientos que habian acompañado y sucedido á la caída de la monarquía; y que á otros se trataba de sobornar por los grandes centros revolucionarios, fue su primer cuidado restablecer la disciplina, y á este efecto les dirigió su palabra, consiguiendo que todos participasen de su entusiasmo patriótico y de su amor á la santa causa del Pontificado. «Notable por sus cualidades morales, dice un escritor, el ejército de los Alpes, ninguno como él reflejaba las tendencias del país, á saber, la moderacion de la fuerza, la inteligencia en la disciplina y la abnegacion del deber.»

Mr. Alfonso Balleydier, á quien pertenecen las frases que acabamos de citar, nos da las siguientes noticias biográficas del General en jefe del ejército libertador, cuyo nombre ha quedado escrito con letras de oro en los fastos de la Iglesia:

«Al organizador de este ejército confió la Francia la espada de Carlomagno para devolver al Jefe de la Iglesia el trono de san Pedro. En tan graves circunstancias no debia el general Oudinot representar únicamente el departamento de Maine-et-Loire que hacia quince años le elegia por su representante en las Asambleas legislativas, porque debia además ser el instrumento de la voluntad de la Francia en aquellas comarcas donde su padre dejó tan gloriosos recuerdos.

«Uno de los oficiales generales mas distinguidos de la Europa, el general Oudinot, duque de Reggio, lleno de todo el vigor de la edad, pertenece á la grande escuela del imperio.

«Nacido, por decirlo así, en el campo de batalla, honor, disciplina y patria fueron las primeras palabras que le enseñó á pronunciar su padre. Todavía era muy jóven cuando, vistiendo el uniforme de los guias de Massena, inauguró su vida militar en la memorable batalla de Zurich. Mas tarde, comprendido en la primera promocion de los pajes del Emperador, hizo la campaña de 1809 en calidad de primer paje del Gran capitán. Desde tres campos de batalla le comisionó Napoleon para que fué á dar cuenta al Senado de aquellos tiempos y de la situacion de sus ejércitos.

«La víspera de Wagram, en medio de una noche tempestuosa que solamente alumbraba una formidable artillería, presidiendo el Emperador el paso del Danubio, no quiso llamar la atencion del enemigo con una numerosa escolta, y por lo tanto no conservó á su lado mas que al príncipe de Neuchatel y á su primer paje, en cuyo brazo se apoyó durante aquel tiempo. Desde entonces el jóven Oudinot, ganando sucesivamente sus grados en los principales campos de batalla, pasó por delante las torres de Lisboa, debajo los muros del Kremlin, Lutzen, Bautzen, Dresde, Leipzig y Montmiral, antes de llegar en clase de coronel de caballería á los dias de la restauracion. Entonces, fiel á la casa de Borbon y esclavo siempre de sus deberes, continuó sirviendo dignamente á la Francia.

«En 1824 el coronel Oudinot dejó el mando del primer regimiento de granaderos de caballería de la guardia, y tomó en calidad de mariscal de campo el de una brigada de caballería en el campo de Luneville.

«Poco despues el Gobierno le confió la mision de reconstruir en Saumur en una grande escala la escuela de caballería que se habia licenciado á consecuencia de consideraciones políticas. Su acreditada superioridad era prenda segura del buen éxito. La esclarecida direccion que supo imprimir desde un principio al establecimiento, en poco tiempo le hicieron una escuela modelo donde la Europa entera vino á tomar lecciones.

«Por aquel tiempo la revolucion de 1830 vino á detener momentáneamente la carrera de un oficial general, resuelto á servir únicamente bajo condiciones militares al poder que se sustituia á un principio.

«En 1835 la muerte de un hermano suyo, que tuvo lugar gloriosamente á la cabeza de su regimiento, el segundo de cazadores de África, le proporcionó la ocasion de servir nuevamente. El general Oudinot mandaba en África la brigada de vanguardia del cuerpo expedicionario á las órdenes del mariscal Clausel, cuando á consecuencia de la batalla de Habra fue ascendido al grado de teniente general. Á pesar de una herida grave que recibió durante el combate, el General condujo con el mayor orden desde Mascara á Hostaganen el cuerpo expedicionario cuyo mando superior le habia confiado el Mariscal.

«Á un carácter recto y franco reúne la elevacion de sentimientos, el espíritu conciliador, la energía de los principios que son eminentemente propios para las funciones diplomáticas y que constituyen las cualidades del hombre de Estado.

«En la mañana del 20 de abril fue cuando, nombrado comandante en jefe del ejército expedicionario, se reunió en Marsella con las tropas que en gran parte se componian de la brigada existente en aquella ciudad desde el mes de

setiembre de 1848 bajo las órdenes del general Mollière. El ejército en aquel entonces tenía un efectivo de cerca nueve mil hombres.

«Animadas las tropas de un excelente espíritu, formaban una division mandada por el general Regnault de Saint-Jean-d'Angely. El General en jefe les dirigió la siguiente orden del día:

«¡SOLDADOS! El presidente de la república acaba de confiarme el mando en jefe del cuerpo expedicionario del Mediterráneo.

«Semejante honor impone grandes deberes; vuestro patriotismo me ayudará para cumplirlos.

«Resuelto nuestro Gobierno á mantener en todas partes nuestra antigua y legítima influencia, no ha querido que los destinos del pueblo italiano pudiesen estar á la merced de una potencia extranjera ó de un partido en minoría. Nos ha confiado la bandera de la Francia para plantarla en el territorio romano como un vivo testimonio de nuestras simpatías.

«Soldados de mar y tierra, hijos de la misma familia, contribuiréis en comun con vuestra adhesión y vuestros esfuerzos; semejante fraternidad os hará soportar con gozo los peligros, las privaciones y las fatigas.

«En la tierra que vais á pisar, á cada paso encontraréis monumentos y recuerdos que estimularán poderosamente vuestros instintos de gloria. No olvidéis nunca que el honor militar, así gobierna la disciplina como el valor. Vuestros padres tuvieron el raro privilegio de hacer amar el nombre francés por doquiera combatieron. Como aquellos, vosotros respetaréis la propiedad y las costumbres de los pueblos amigos. En su solicitud por ellas el Gobierno ha prescrito que todos los gastos del ejército fuesen inmediatamente pagados en dinero, y vosotros tomaréis siempre por regla general de vuestra conducta este principio de alta moralidad.

«Con vuestras armas, con vuestros ejemplos, haréis respetar la dignidad de los pueblos, que no sufren menos por la licencia que por el despotismo.

«La Italia os deberá, lo mismo que la Francia, lo que esta ha sabido conquistar por sí sola: el orden en la libertad.»

«La expedición, preparada con rara inteligencia por los cuidados reunidos del general Carrelet y del contraalmirante Tréhouart, se componía de seis fragatas de vapor: el *Panamá*, *Orinoco*, *Albatros*, *Labrador*, *Cristóbal Colon* y *Sané*; de dos corbetas de vapor, la *Infernal* y la *Veloz*; y en fin, de dos otros buques de vapor, el *Tenare* y el *Tonnerre*. Durante la noche del 21 terminóse el embarque del primer convoy de tropas y de material. Á las seis de la mañana del día siguiente todos los buques recibieron la orden de levar anclas. El *Panamá* y el *Infernal* salieron á la mar á las ocho. El *Labrador*, en el cual el almirante había enarbolado su pabellon, dejó el puerto á las diez, despues de recibir á bordo al General en jefe, y siguióle á corta distancia el *Veloz*, el *Tenare* y el *Albatros*. Reunidos los soldados encima de la cubierta de los buques, dieron en señal de despedida una última mirada á las playas de la patria. Sus frentes estaban serenas como el cielo; su corazón permanecía tranquilo como el mar; estaban orgullosos, eran felices porque iban á pelear por la mas justa, por la mas santa de las causas; porque iban á Roma á derribar la hidra de la anarquía, y sin meditar en el sacrificio, pensaban en la gloria (1).»

(1) *Historia de la revolución de Roma*, t. II, cap. II.

El embarque del ejército francés se verificaba en Marsella el 23 de abril de 1849.

¿Qué hacían entre tanto los dominadores de Roma? Veámoslo.

Apenas tuvieron conocimiento de que el ejército francés se dirigía á Civitavecchia, los triunviros se disponían á repeler la fuerza con la fuerza, y á invitación de la Asamblea publicaron la siguiente proclama:

«¡ROMANOS! *La Asamblea ha decretado que Roma se salvará*, y que esta opondrá la fuerza á la fuerza. Demos gracias á Dios por haberle inspirado semejante decreto, etc., etc.»

Esta proclama fue una de las muchas fanfarronadas de aquellos valientes de barricadas.

En seguida se organizó del modo siguiente el estado mayor del ejército de defensa de la república romana:

PRIMERA SECCION.—*Jefe de seccion*: el coronel Pisacane.—*Capitanes*: Musolino, Vecchi, Camorri.—*Tenientes*: Vixio, Mameli, Sardi, Cattabeni (Vicente). Ninguno de estos oficiales era romano.

SEGUNDA SECCION.—*Jefe de seccion*: el coronel Hang.—*Capitanes*: Caldesi (de Faenza); Laviron, francés; Podulak, polaco.—*Tenientes*: Besson, francés; Jopfer, suizo; Cattabeni, de Sinigaglia.

TERCERA SECCION.—*Jefe de seccion*: el teniente coronel Cerroti, romano.—*Capitanes*: Roselli, Rabioli, Azzarelli, romanos.—*Tenientes*: Pesapane, napolitano; Lironi, lombardo; Gabet, romano.

Entre los demás jefes mas notables, se hallaban el coronel Mellara, de Bolonia; Manara, de Milan; Medici, de Toscana; Berti-Pichat, de Bolonia; el general Arzoni, de Nápoles; el general Avezzana, genovés; el coronel Mezzacapa, napolitano; el general José Galetti, bolonés; el general Durando, piemontés; el general Ferrari, napolitano; Amadei, jefe de los pontoneros, napolitano. Los generales Bartolucci, Roselli y Galetti, *el Droguero*, eran romanos; el coronel Isensmid de Milwitz, refugiado extranjero; el coronel de artillería Dionisius Maslowicki, polaco; el capitán Dobrowolisky, polaco. El coronel Hang, uno de los principales jefes de la insurrección de la capital de Austria, había mandado la legion académica de Viena; el capitán Podulak, antiguo ayudante del general Bem, había servido en la misma legion en calidad de capitán.

En este cuadro se ve que la mayor parte de los nombrados para jefes de este ejército eran extranjeros, lo que daba á comprender suficientemente lo que ya hemos dicho en otro lugar, á saber, que el verdadero pueblo romano no tomaba parte en aquellos tristes acontecimientos, sino que estaba supeditado por los revolucionarios, no solamente de Italia, sino de toda la Europa, que se habían dado cita en Roma para el desenvolvimiento de sus planes.

Á los pocos días de los sucesos que venimos relatando llegó á Roma Garibaldi, el ídolo de los revolucionarios italianos.

Antes de su llegada se habían hecho manifestaciones en favor de los franceses, pretendiendo por este medio, viendo que era imposible resistir á la ocupación, atraerse la amistad de su hermana la república francesa, «nacida, segun palabras de Mazzini, bajo los mismos auspicios que la república romana, siendo iguales sus derechos.» Y en esto tenía razon el tribuno: el mismo derecho y el mismo origen habían tenido ambas; el derecho de la rebelión y de la fuerza. La presencia de Garibaldi, de ese aventurero con fortuna, re-

volucionario de oficio y cosmopolita por voluntad, al que no puede negarse una grande energía empleada siempre para el mal, fue saludada con entusiasmo por los mismos revolucionarios de Roma, los cuales en el momento terminaron las manifestaciones populares en favor de los franceses.

Garibaldi se presentó al frente de una legion compuesta de mil quinientos hombres, haciendo su entrada el 27 de abril.

El día siguiente se verificó una gran revista militar en la plaza de los Santos Apóstoles.

Solo comparecieron cuatro mil hombres, habiendo faltado batallones enteros, que se hicieron sordos al toque de llamada.

Todas las revoluciones populares tienen su parte cómica. En la revista de que nos ocupamos tocó á Sterbini desempeñar su papel de verdadero farsante. Colocado al frente de los guardias formados en orden de batalla, gritó con voz estentórea:

«¡Ciudadanos! ¿Quereis aun el Gobierno pontificio y su absurdo despotismo?»

—No: contestaron á voz en grito millares de guardias.

—¿Quereis todavía el yugo del clero y sus injustos privilegios?

—No: repitieron de nuevo aquellos hombres fanatizados.

—¿Sufriréis que extranjeros, cualesquiera que sean, vengan á imponernos el antiguo yugo papal?

—No; no lo sufrirémos.

—¿Quereis el gobierno de todos, por todos y para todos?

—Sí, contestaron las mismas lenguas de aquellos hombres, que no tenían ojos para ver que el Gobierno que habia sustituido al pontificio era el de unos cuantos ambiciosos con exclusion del resto de los ciudadanos.

La comedia continuó.

—¿Estais contentos con la república?

—Sí.

—¿Deseais conservarla?

—Sí.

—¿Aun á riesgo de vuestra fortuna y de vuestra vida?

—Sí: queremos conservarla hasta la muerte.

—¡Muy bien! defendedla pues, porque ha llegado la hora de salvarla ó de morir en su defensa.

—¡Viva la república!» respondieron entusiasmados los comparsas del farsante Sterbini.

No hay que decir que aquella comedia estaba preparada de antemano para representarse con todo el aparato que requería su argumento. Así se fabrican los entusiasmos y se hace patente la voluntad nacional en todas partes. Quien ve los revolucionarios de un país ve los de todos.

¿Qué faltaba despues de aquel grotesco espectáculo preparado y ejecutado por Sterbini? No otra cosa que hacer de modo que todo el pueblo participase del entusiasmo. Con este objeto se dispersaron los manifestantes distribuyéndose por los cafés y las tabernas; y otros, formando grupos en el Corso y otras calles y plazas, para decir que sabian que con los franceses venian los Jesuitas y el cólera, y por todas partes se oía la misma relacion, aun con idénticas palabras, lo que prueba que la leccion estaba bien estudiada.

«¡Hermanos! gritaban, haciendo de cada esquina una tribuna; los france-

ses han dicho que los romanos eran demasiado cobardes para batirse: os han insultado en lo que el hombre aprecia mas en el mundo, en el honor nacional: han ultrajado la memoria de vuestros padres, que fueron los señores del mundo. ¡Los pigmeos de la Francia han blasfemado de los semidioses de Roma! ¡Batalla y venganza!

«¿Sabeis por qué estos bandidos de Francia vienen á Roma? añadian, vienen para saquear vuestras casas, para destruir vuestros monumentos, para robar vuestro oro, el honor de vuestras mujeres y violar á vuestras hijas. ¡Á las armas, pues, guerra y venganza!»

Los triunviros no perdian el tiempo, y mientras tanto el general Avezzana revisaba las tropas en la plaza de San Pedro, dirigiéndoles una vigorosa allocucion, ellos organizaban la defensa de la ciudad, ofreciendo á los valientes que quisiesen defender la república, armas, vino y comestibles en abundancia. Ya antes, en el mismo día de la entrada de Garibaldi en Roma, el triunvirato, deseoso de aumentar las filas de los defensores con los religiosos que estuviesen dispuestos á hacer traicion á sus deberes, habia publicado un sacrilego decreto, en el que declaraba no reconocer la perpetuidad de los votos en las Órdenes religiosas. Hé aquí de qué modo estaba redactado este decreto:

«REPÚBLICA ROMANA.

«EN NOMBRE DE DIOS Y DEL PUEBLO.

«Considerando que el voto religioso constituye tan solo una relacion moral entre la conciencia y Dios;

«Que la sociedad civil por sí misma no puede intervenir con sus medios extrínsecos y materiales en la region de los deberes espirituales;

«Que la vida y la facultad del hombre pertenecen por derecho á la sociedad y al país en el cual la Providencia lo ha colocado;

«Que la sociedad no puede admitir vínculos irrevocables que enajenen de ella y que restrinjan en ciertos límites la voluntad y la accion del hombre:

«EL TRIUNVIRATO

«Decreta:

«La sociedad no reconoce perpetuidad en los votos particulares á las diferentes Órdenes religiosas, llamadas regulares.

«Cualesquiera individuo que forme parte de una Orden religiosa regular, de cualquier clase que fuere, queda facultado para salirse de ella y librarse de la observancia de aquello á que se habia obligado por medio de voto al entrar en la Religion.

«El Estado protege contra toda oposicion ó violencia á las personas que quisieran aprovecharse del presente decreto.

«El Estado acogerá con gratitud entre las filas de su milicia á los religiosos que quieran defender con las armas á la patria, por la cual hasta ahora han dirigido sus oraciones á Dios.

«El presente decreto se comunicará por un comisario del Gobierno á todos los religiosos reunidos en plena comunidad dentro de sus respectivos conventos.

«Dado en nuestra residencia á 27 de abril de 1849.

«EL TRIUNVIRATO, Cárlos Armellini.—J. Mazzini.—Aurelio Saffi.»

Para la defensa de los catorce cuarteles de la ciudad (*rioni*) destinaron varios jefes del pueblo (*capipopolo*) y varios diputados cuyos nombres son los siguientes:

Primer rione Monti. — Félix Scifoni, diputado; Nicolás Ferrari, jefe del pueblo.

Segundo rione Trevi. — Tito Savelli, diputado; Felipe Menci, jefe del pueblo.

Tercer rione Colonna. — Patricio Gennari, diputado; Ignacio Polazzi, jefe del pueblo.

Cuarto rione Campo-Marzo. — Pedro Guerrini, Juan Bautista Luciani, diputados; Ángelo Brunnetti Cicornacchio, jefe del pueblo.

Quinto rione Ponte. — Horacio Antinore, diputado; Carlos Sazzi, jefe del pueblo.

Sexto rione Parione. — Luis Collesi, diputado; José Santangeli, jefe del pueblo.

Séptimo rione Regola. — Gajani, diputado; Francisco Invernizzi, jefe del pueblo.

Octavo rione San Eustaquio. — Luis Salvatori, diputado; José Gregori, jefe del pueblo.

Novo rione Pigna. — Julio Govoni, diputado; Vicente Longhi, jefe del pueblo.

Décimo rione Campitelli. — Blas D' Orazio, Nicolás Carcani, diputados; el Dr. Cavallini, jefe del pueblo.

Undécimo rione Santangelo. — Simón Santarelli, diputado; el Dr. Martineti (dimisionario) jefe del pueblo.

Duodécimo rione Ripa. — Maximiliano Allé, diputado; Carlos Vari, jefe del pueblo.

Décimotercio rione Transtiverino. — Prime Collina, diputado; José Herzog, José Angeloni, jefes del pueblo.

Décimocuarto rione Borgo. — Pedro Sterbini, diputado; Atilio Ricardi, jefe del pueblo.

Estos fueron los hombres escogidos para que se pusieran al frente de las barricadas. No hay para qué decir que todos ellos eran conocidos por sus ideas republicanas: todos ellos eran revolucionarios de oficio y los mas á propósito para el ministerio á que se les destinaba. Los triunviros despues de tomar aquellas disposiciones publicaron la siguiente proclama:

«29 de abril de 1849.

«Hermanos: ¡Á las armas, á las armas!

«¡Levantaos! Los extranjeros, los enemigos del pueblo romano se adelantan: ¿quisieran tratarnos, á nosotros hombres libres, como viles ganados llevados al mercado? ¿quisieran vendernos? Dicen, y nos insultan, que en Roma no se luchará, porque los romanos no tienen valor para batirse, y avanzan. ¡Insolentes!

«¡Vienen á derribar el Gobierno que habeis creado: vienen á arrojar á bayonetazos, á aprisionar ó á degollar vuestros magistrados, vuestros legisla-

dores! Quieren arrastrar entre la sangre y hollar con su planta el honor y la libertad, los derechos y los deberes.

«La Europa republicana os observa. Los polacos, los alemanes y los franceses, desventurados apóstoles de la libertad, y que sin embargo no carecen de gloria en medio de sus desgracias, tienen la vista fija en vosotros: los lombardos, genoveses, sicilianos y venecianos os observan.

«Probad á la Europa que el honor italiano no se ha perdido: salvadlo en Roma, y se salvará en Italia.

«Arrancad á la crueldad del extranjero y á sus insultos, vuestras mujeres (*le vostre donne*), vuestros hijos, vuestras propiedades, vuestras creencias y todo cuanto ama vuestro corazon. ¡Á las armas! ¡á las armas! ¡á las armas!

«Cuando el fuego se habrá encendido, recordad la antigua grandeza de Roma, así como la infamia de la tiranía que quedó vencida. Pensad en el porvenir y pelead... ¡Levantaos, pues, hermanos!»

No podría dirigirse al pueblo una proclama mas impregnada de sangre. Su lenguaje es el que convenia á aquellos hombres enemigos del Pontificado y destructores de todo orden social.